



Poetas del Pacífico

Por Vintila Horia

CRECIO que el poeta más grande de todos los tiempos hispanoamericanos haya sido, y es, Gabriela Mistral. Y sobre todo de la vertiente occidental de los Andes, desde el Pacífico atlántico un mar de eternidad y de desierto atlántico y marítimo a la vez a esta poeta que parece nacer en los Andes, pero sólo para desmontar, como el destino de los ríos, en la mar por antonomasia, cuyos ríos sin límite, congaridos a la muerte, o a la vida, se llaman Iles de Pausa o aguas que otra galaxia cósmica, Chile, en este sentido, es la imagen más disparada y más inventiva, al mismo tiempo, de lo humano como también de una geografía que se resiste a transformarse en historia. Es posible que, debido a esta posición de vanguardia occidental, de fines de los años, las dos regiones más investigadas y quizá más representativas del futuro sean California, en su imponente cubrimiento técnico y artístico, y es la península del hombre avanzado hacia una zona temporal desconocida, que es Chile. Dos frentes de investigación, en el mejor y más actual sentido del concepto, tan indeterminada y por consiguiente tan efectuada a la vez.

Algo marino de actual de vida en la poesía chilena, como símbolo visible de una eternidad y de una rebeldía casi traducción, inmutada esencialmente en el océano y en todo lo que es proximidad significa para los chilenos. Hasta en poemas leídos por sus propios, dedicados a cantar el campo y el misterio de la cosecha, como El Mar, de Gabriela Mistral, expresamos recuerdos marinos.

Brisas en la ola
como el que sabe navegar,
a pasar el tiempo
por pedregos de agua,
sobre ríos de
que voy y que corren,
a voy llega en mano,
sobre resplandores,
bruscamente la vida,
bruscamente la muerte.

Explorando poemas donde sobresale el ritmo del viento, acentuado en la simbología del viento. El mar, como elemento inerte e inerte, está en todos los poemas de todos los pueblos, en verdad, pero ninguno de ellos llega

abrirse como en la inmensidad chilena de la eternidad con la tragedia mayor marcada por esta inefable, padecida, e inapreciable presencia. Es entre las ideas de la muerte en Chile, otra ocasión. Los Andes separan a Chile del resto de la humanidad, como en un intento de señalar al marino en la espiritualidad de un pueblo elegido para un destino cuyo fin nadie ha logrado aún descubrir, pero cuya presencia casi inevitable resulta imposible no sentir desde lejos o, desde muy cerca, al encontrarse uno en la línea de los chilenos.

Tengo entre manos dos libros que se abren de legados de Santiago. (¿Qué nombre para una capital marítima, además?) Un libro de poemas de Renato Yrarrázaval (Interregno al viento, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1982) y una antología de poemas seleccionados por Miguel Arceche, Juan Antonio Masón y Roque Sáenz de Peña (Poetas chilenos contemporáneos, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, segunda edición, 1984).

El libro de Yrarrázaval comienza un último capítulo dedicado a Mar. Y los hay en tres poemas del mismo autor, uno de los mejores entre los chilenos de hoy, difícilmente comparable poeta solitario dedicado a buscar el mundo en su aislamiento como prosa. Arqueche al observar en cualquier detalle con el fin de descubrir el rostro de la eterna totalidad.

Mar, por sus ojos
me llega como agua.
Me acerca de la mano
me consueño.

Alzando me regresa todo lo que
cuando todavía no existe nada
que se pueda nombrar.

Jorge Teitel, en el preloquio a la entrega al viento, escribe con acierto: "Nada bajo el signo del agua la poesía de Renato Yrarrázaval es la de un hombre que mira y mira al mar, la de un hombre que quiere ver al mar ocultándose en el horizonte, refugiado en una roca. Es un poeta oceánico, pero de un océano que corresponde también a un océano de alma que muchos hombres divididos y el recuerdo: el de pasar en el seno de la madre". Es una buena definición, pero me temo que alcanza más

bien a todos los poetas chilenos y no sólo a Yrarrázaval. La frase siguiente trata de ir más lejos, pero me parece que no hace más que repetir el misterio fundamental, del que ya hablaba más arriba, y que me atrae al a los sonidos de la arilla occidental americana: "Ha sido expulsado de un pueblo y está en una realidad que tiene porque vivir en la eternidad, pero también permanece en el presente. La muerte tiene sus propios días. Y para él la mañana es la". ¿Cuál va a ser el rostro de esta mañana? La poesía lo nombra, pero no lo define.

Tengo que pensar tres veces antes de decirlo, porque no me gustaría que alguien me llamara fanático y partidista. Porque no lo soy y mis libros dan cuenta de ello. Soy un fanático defensor del ser humano, esto sí. Y quizá bajo el amparo de esta definición tenga el derecho a no amar la poesía de Pablo Neruda, presente en la antología citada. Es ridículo, cuando en el sentido más poético y naturalista de la poesía, descomprimita, ontológica, al acercarse al ritmo de las cosas, pero no al del hombre, sigiendo y llevando a su propia fin a un modo de ser y de escribir que no rima hoy con nada. Ni Rilke, ni Juan Ramón Jiménez, ni Eliot, pero tampoco Gabriela Mistral. No los Chile en ninguno de sus poemas, y no me refiero a un nombre en el mapa, sino al error fundamental que dejó a Neruda de la esencia de su propio pueblo. Rilke, técnico literario, fascinante a menudo, pero, una vez leído, el encanto se desvanece, como en la lectura de los poemas reproducidos en la antología de Arceche, Masón y Sáenz.

Una revelación para mí, en cambio, la poesía de Oscar Hahn, como este "Murmurando al viento". Al ser de un mar y al mismo tiempo, aunque tan poético de Chile. Tanta poesía, tanta por la cultura propia de su creación. Ya no siento ni el ruido de la poesía ni el silencio del viento al leer. Para la Argentina, se puede en el viento. Ya me pareció el viento.

Previamente escrito

Los poemas. Pues, poemas por su viento igual que ayer. Mi padre sentenciaba que sólo así, que sólo así, se podía vivir, viviendo por perpetuamente al ser de un mar y al mismo tiempo, viviendo.

El mar y el amor aparecen unidos en una perpetua visión del encuentro más natural del hombre, porque es el más natural. Dura que nada uno de los poemas de Hahn representa a todos los demás, como "El café", de Miguel Arceche, también, tan perfectamente pintado, como si fuera un cuadro cubista del segundo período de Braque, cuando de infundida naturaleza, la del océano y del tiempo que, allí, se su mayor y mayor viento.

Sentido es el ser la tan fría
se mueve y se mueve, y es la luz
la guerra en traje de francos
pasado a sólo, la naturaleza.

Me dice de Mar la llana Billa en su Mar, lección de Braque, en el París de Billa y de los términos expresivos. Y otra vez Gabriela Mistral, esa que maravillosa "Murmurando al viento" que termina así:

Me dice el mar,
el mar abierto de par en par,
he ahí el mar que abre de repente
pero que el ojo ve el comienzo del mundo.

Me dice el mar,
de sus olas a la ola el viento de la vida,
de sus olas a la ola hay la eternidad
de la muerte.

Me atrae la ausencia de uno de los más bellos poemas de Gabriela Mistral, "La luz del aire", pero cada uno con su propio y crítico y me parece que la labor de los tres poetas, por encima de cualquier crítica o elogio, ha sido humana en la bella, la que construye, de por sí un mundo antológico.

(El presente artículo de mi propia colaboración, el artículo Vintila Horia, fue publicado en el número "El Alcega" de Madrid el 21 de enero de 1985).

Poetas del Pacífico [artículo] Vintila Horia.

Libros y documentos

AUTORÍA

Horia, Vintila, 1915-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Poetas del Pacífico [artículo] Vintila Horia.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile